

DESDE el principio, se mezcló la política. Para Carlos Romero Barceló, actual gobernador de Puerto Rico y coloso defensor de la "estadidad" —la integración del país a los Estados Unidos—, los Juegos eran, sobre todo, una ocasión para cantar las excelencias de la realidad política nacional, de la que formaban parte los millones de dólares recibidos de Washington para la financiación del evento, y, sobre todo, una literatura democrática claramente alzada contra la "opción cubana". No olvidemos que el más fuerte de los partidos independentistas, el Partido Socialista Puertorriqueño, se define como un partido marxista, y, por lo tanto, que hablando de la democracia en los términos ya tradicionales, el gobernador creía matar dos pájaros de un tiro.

Antes de la inauguración aparecieron las amenazas anónimas de terrorismo, que Romero Barceló capitalizó en su favor y a las que respondió con un estrecho control militar de las instalaciones y de los actos deportivos. El PSP acusó al partido gubernamental de haber exagerado o inventado tales amenazas y saludó a los atletas desde la primera página de su revista, "Claridad", con este inequívoco titular: "Bien venidos a un país intervenido y a unos Juegos militarizados".

No es, pues, raro que el día de la inauguración el clima del estadio fuera marcadamente político. En un ángulo, varios miles de socialistas enarbolaban sus pancartas, solicitando —una vez más— la libertad de los ya legendarios presos nacionalistas que cumplen condena en las cárceles de los Estados Unidos. Incontables banderitas puertorriqueñas flotaban sobre el público. Y el desfile de cada una de las delegaciones recordaba más y más que Puerto Rico es una parte de América Latina.

Inevitablemente, USA y Cuba eran las dos referencias políticas más significativas. Se esperaba que la presencia de la bandera norteamericana, junto a la puertorriqueña, en las ceremonias oficiales, daría pie a algún incidente. También se sospechaba que el himno USA sería, en tales ceremonias, que no en la concesión de medallas a los estadounidenses vencedores, boicoteado. Nada ocurrió, sin embargo, en ese paso del acto inaugural, desarrollado con inteligente ligereza. Luego, cuando centenares de niños hicieron un mosaico con la bandera puertorriqueña, la multitud comenzó a gritar: "¡Esa es!

¡Esa es!". La música nacionalizaba definitivamente el acontecimiento: la gente tarareaba "Alma boricua" y "En mi viejo San Juan"...

Cuba desfiló en medio de los aplausos. La delegación, de cerca de dos centenares de deportistas, encabezada por las banderas cubana y puertorriqueña, tan parecidas, lanzó sobre el público pequeños recordatorios. El sector "anticastrista", del que forma parte un alto contingente de emigrados cubanos, guardó silencio o fue impotente para hacerse oír. Reflexión que, cambiando los papeles, habría que repetir ante los cordiales aplausos que acompañaron el desfile de la delegación norteamericana, quizá, en definitiva, porque el público distinguió entre las banderas "políticas", entre las banderas instrumentalizadas, y aquellas que expresaban la patria de los participantes...

La ceremonia adquirió un carácter increíblemente agresivo

cuando Romero Barceló tomó la palabra para declarar inaugurados los Juegos. Bastó el anuncio de su intervención para que se desatara el griterío. El gobernador, que debía limitarse a las frases protocolarias, se salió de su papel y acabó, dentro de su plan de "cantar la democracia", por incluir en ese canto "las libertades que garantizan el derecho al abucheo y protegen a los que abuchean". El escándalo constituyó el primer record de los Juegos, superando el que, años atrás, en ocasión similar, mereció en Méjico la intervención de su Presidente Luis Echeverría.

A partir de ese momento, las confrontaciones deportivas reactualizaron muchas veces la referencia política. No tanto en relación con la situación latinoamericana como respecto a la puertorriqueña. Así, la final de baloncesto, entre los equipos de los Estados Unidos y Puerto Rico, fue seguida con la más cálida pasión nacionalista. Ganó USA, pero la

tensión llegó al extremo de que su entrenador —acusado días antes de haber golpeado a un policía puertorriqueño por no permitirle entrenar en una cancha sin haberlo solicitado reglamentariamente— se negara a ser entrevistado por la televisión y los periodistas locales. Otras veces, las más, la pasión estuvo en el choque entre los atletas de Cuba y de los Estados Unidos. El mayor número de medallas fue, lógicamente, para los norteamericanos. Pero Cuba, con sus sólo nueve millones escasos de habitantes, se situó en el segundo lugar de la tabla —por delante de Canadá y Brasil, que fueron tercero y cuarto— y logró, en varias modalidades, vencer a su poderoso rival.

Paralelamente, una serie de artistas cubanos —Los Papines, la Orquesta Aragón y Elena Burke— congregaban a miles de puertorriqueños en el área abierta de El Morro, junto al mar, entre murallas y edificios coloniales.

Desde el punto de vista puertorriqueño, los Juegos Panamericanos han tenido una significación quizá no prevista por los rectores políticos. El deporte ha unido cuanto anda políticamente dividido y ha actuado como un elemento de afirmación nacional. Romero Barceló, queriéndose curar en salud, había declarado que la estadidad de Puerto Rico no afectaría a su "soberanía deportiva", cosa que a la inmensa mayoría le ha parecido totalmente falsa. La imagen de un Vassallo, medalla de oro en natación, representante de los Estados Unidos, sacando en el podio una banderita puertorriqueña que llevaba escondida —el muchacho nació en Puerto Rico—, mientras la gente cantaba "La Borinqueña", que expresa, en el campo deportivo, el gran conflicto nacional. La "soberanía deportiva" es una manifestación más de la "soberanía general", y esa bandera escondida del nadador expresa el color de una renuncia y de lo que supondría la "estadidad".

Los más torpes creían que el deporte iba a tergiversar la realidad política. Y ha sido lo contrario. Lo que ha hecho ha sido expresarla. Y ha conferido a miles de puertorriqueños un orgullo en su capacidad de organización y de victoria que se opone a esa conciencia de inferioridad que crean las dependencias coloniales. Y que es en Puerto Rico una parte de lo que muchos escritores de aquel país han definido como una esquizofrenia nacional. ■

Juegos Panamericanos: en español y con música del Caribe

JOSE MONLEON



Desde el día de la inauguración de los Juegos, el clima fue político.